





ELEANOR H. PORTER

Pollyanna

Traducción de
MARINA CASANA

Ilustraciones de
SARA LAGO Y ANTONIO CUESTA



TOROMÍTICO

Título original: *Pollyanna*

© de la traducción MARINA CASANA, 2014

© de las ilustraciones SARA LAGO Y ANTONIO CUESTA, 2014

© de esta edición EDICIONES EL TOROMÍTICO, S.L., 2014

Primera edición: octubre de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de JAVIER ORTEGA y ANTONIO CUESTA

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-15943-17-4

Depósito Legal: CO-1491-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

Capítulo I. La señorita Polly	7
Capítulo II. El viejo Tom y Nancy	12
Capítulo III. La llegada de Pollyanna.....	16
Capítulo IV. La pequeña habitación del desván	24
Capítulo V. El juego.....	32
Capítulo VI. Una cuestión de deber	37
Capítulo VII. Pollyanna y los castigos.....	46
Capítulo VIII. Pollyanna hace una visita	52
Capítulo IX. Donde se nos habla del hombre.....	61
Capítulo X. Una sorpresa para la señora Snow.....	66
Capítulo XI. La presentación de Jimmy	75
Capítulo XII. Ante las señoras de la beneficencia	84
Capítulo XIII. En el Bosque Pendleton	88
Capítulo XIV. Un asunto gelatinoso	95
Capítulo XV. El doctor Chilton	101
Capítulo XVI. Una rosa roja y un chal de encaje.....	111
Capítulo XVII. Exactamente como en una novela	118
Capítulo XVIII. Prismas.....	124
Capítulo XIX. Es sorprendente.....	129
Capítulo XX. Es más sorprendente.....	133
Capítulo XXI. Una pregunta respondida.....	139
Capítulo XXII. Sermones y leñeras	145
Capítulo XXIII. Un accidente	152
Capítulo XXIV. John Pendleton.....	158
Capítulo XXV. El juego de la espera.....	165
Capítulo XXVI. Una puerta entreabierta.....	171
Capítulo XXVII. Dos visitas	175
Capítulo XXVIII. El juego y sus jugadores.....	182
Capítulo XXIX. A través de una ventana abierta	193
Capítulo XXX. Jimmy toma el timón	198
Capítulo XXXI. Un nuevo tío	201
Capítulo XXXII. Una carta de Pollyanna	203
<i>Cuestiones para debatir</i>	205



CAPÍTULO I

LA SEÑORITA POLLY



La señorita Polly Harrington entró muy apurada en su cocina esta mañana de junio. La señorita Polly no solía apresurarse; se sentía especialmente orgullosa de sus maneras tranquilas, calmadas. Pero hoy tenía prisa. Mucha prisa.

Nancy, que estaba lavando platos en el fregadero, levantó la vista sorprendida. Sólo llevaba dos meses trabajando en la cocina de la señorita Polly, pero ya sabía que su señora no solía aligerar en exceso.

—¡Nancy!

—Sí, señora —Nancy respondió con decisión, pero continuó limpiando la jarra que sostenía entre las manos.

—Nancy —Ahora la voz de la señorita Polly sonó muy seria—, cuando le hable, me gustaría que dejase de trabajar y escuchase lo que tengo que decir.

Nancy se ruborizó, afligida. Soltó la jarra al momento dejando el trapo por encima, y a punto estuvo de volcarla, lo cual no favoreció nada su compostura.

—Sí, señora. Lo haré, señora —balbuceó, colocando la jarra derecha y dándose la vuelta rápidamente—. Sólo he seguido con mi trabajo porque usted me recalcó esta mañana que me diese prisa con los platos.

Su señora frunció el ceño.

—Eso será todo, Nancy. No le he pedido explicaciones, le he pedido su atención.

—Sí, señora —Nancy dejó escapar un suspiro. Se preguntaba

si alguna vez podría complacer a esa mujer. Nancy nunca había «trabajado fuera» antes, pero al tener una madre enferma que había enviudado de manera repentina y se había quedado con tres niños pequeños —además de la misma Nancy— se había visto forzada a hacer algo para ayudarlas. Y se puso tan contenta cuando encontró un sitio en la cocina de la gran casa de la colina... Nancy provenía de «Las esquinas», a diez kilómetros de allí, y solamente sabía que la señorita Polly Harrington era la señora de la antigua finca Harrington, y uno de los habitantes más acaudalados de la ciudad. Eso fue hacía dos meses. Ahora sabía que la señorita Polly era una señora severa y con gesto grave que arrugaba el ceño si un cuchillo caía al suelo con estrépito o si una puerta se cerraba de golpe, pero que ni siquiera sonreía cuando los cuchillos y las puertas estaban quietecitos.

—Cuando haya terminado las tareas de la mañana, Nancy —decía ahora la señorita Polly—, puede limpiar la pequeña habitación que hay al final de las escaleras, en el desván, y preparar la cama catre. Barra la habitación y límpiela; por supuesto, después de haber sacado los baúles y las cajas.

—Sí, señora. Y, por favor, ¿dónde debo poner las cosas que saque?

—En el desván frontal —La señorita Polly dudó, pero continuó—. Supongo que también puedo decírselo ahora, Nancy. Mi sobrina, la señorita Pollyanna Whittier, va a venir a vivir conmigo. Tiene once años, y dormirá en esa habitación.

—¿Va a venir una niña, señorita Harrington? ¿No es eso estupendo? —clamó Nancy pensando en la alegría que sus propias hermanitas brindaban a su casa de «Las esquinas».

—¿Estupendo? Bueno, esa no es exactamente la palabra que yo utilizaría —contestó fríamente la señorita Polly—. Sin embargo, intentaré hacerlo lo mejor que pueda, por supuesto. Creo que soy una buena mujer que sabe cuál es su deber.

A Nancy se le subieron los colores.

—Por supuesto, señora. Simplemente pensé que si venía una niña, podría... podría alegrarle las cosas —titubeó.

—Gracias —respondió cortante—. No podría decir, sin embargo, que lo considere una necesidad inmediata.

—Pero, por supuesto, usted... usted la querrá, a la niña de su hermana —se aventuró a decir Nancy, sintiendo vagamente que, de alguna manera, debía gestar una bienvenida para esa solitaria y pequeña desconocida.

La señorita Polly alzó su barbilla de forma altiva.

—Bueno, en realidad, Nancy, sólo porque tenga una hermana lo suficientemente tonta como para casarse y traer niños innecesarios a un mundo que ya está lo bastante lleno, no veo por qué yo en particular debería querer hacerme cargo de ellos. Sin embargo, como ya he dicho antes, espero poder saber llevar a cabo mi deber. No se olvide de limpiar las esquinas, Nancy —terminó diciendo tajantemente al salir de la habitación.

—Sí, señora —suspiró Nancy, cogiendo la jarra a medio secar, ya tan fría que tendría que enjuagarla de nuevo.

* * *

En su habitación, la señorita Polly sacó una vez más la carta que había recibido hacía dos días desde la lejana ciudad del Oeste y que le había supuesto una sorpresa tan desagradable. La carta estaba dirigida a la señorita Polly Harrington, de Beldingsville, Vermont, y rezaba así:

Estimada señora:

Lamento informarla de que el reverendo John Whittier falleció hace dos semanas dejando una única hija: una niña de once años de edad. No dejó prácticamente nada excepto unos pocos libros, ya que, como sabe, era el pastor de esta pequeña iglesia misionera y percibía un exiguo salario.

Creo que se trataba del marido de su difunta hermana, pero él me dio a entender que las familias no se encontraban en los mejores

términos. Él pensó, sin embargo, que en nombre de su hermana usted tal vez querría tener a la niña y criarla entre su propia gente en el Este. Es por ello que le escribo.

La pequeña estará lista para salir en el momento en que usted reciba esta carta. Y si usted pudiese llevársela, agradeceríamos enormemente que escribiese avisando de que ya puede salir, ya que están este hombre y su mujer que van a ir al Este muy pronto, y podrían llevarla con ellos hasta Boston, y que ahí montase en el tren de Beldingsville. Por supuesto, a usted se la avisaría del día y el tren en el que debería esperar a Pollyanna.

Espero noticias favorables de su parte.

*Respetuosamente,
Jeremiah O. White.*

Torciendo el gesto, la señorita Polly dobló la carta y la introdujo en su sobre. La había contestado el día anterior y había respondido que se quedaría con la niña, por supuesto. ¡Ojalá supiera cumplir con su deber, por muy desagradable e ingrata que fuese la tarea!

Cuando se sentó con la misiva entre sus manos, sus pensamientos retrocedieron hasta su hermana, Jennie, quien había sido la madre de esta niña, y hasta el momento en el que Jennie, siendo una chica de veinte años, insistió en casarse con el joven pastor a pesar de las reticencias de su familia. Hubo un hombre rico que la quiso —y que la familia habría preferido sin duda al pastor— pero Jennie no. El hombre acaudalado tenía más edad, al igual que más dinero, mientras que el pastor sólo tenía su cabeza llena de ideales de juventud y entusiasmo, y un corazón rebosante de amor. Jennie había preferido eso —naturalmente, quizá—, así que se casó con él pastor y se fue con él al sur como esposa de un misionero.

Fue entonces cuando todo se cortó. La señorita Polly lo recordaba perfectamente, a pesar de que entonces sólo era una muchacha de quince años, la más joven. La familia mantuvo un poco más la relación con la mujer del misionero. Para asegurarse,

Jennie escribió, al menos durante un tiempo, y a su última niña la llamó Pollyanna en tributo a sus dos hermanas, Polly y Anna —los demás bebés murieron—. Esta fue la última vez que Jennie escribió, y al cabo de unos pocos años llegaron las noticias de su muerte, relatada por el propio pastor en una carta breve pero descorazonadora, fechada en una pequeña ciudad del Oeste.

Mientras tanto, el tiempo no se había detenido para los ocupantes de la gran casa de la colina. La señorita Polly pensó en los cambios que se habían producido durante aquellos veinticinco años mientras miraba hacia el lejano valle.

Ahora tenía cuarenta años y se encontraba un poco sola en el mundo. Padre, madre, hermanas: todos habían muerto. Durante años había sido la única señora de la casa y dueña de todas las riquezas que su padre había dejado. Había gente que compade-cía abiertamente su solitaria vida, y que la había animado a que se buscase amigos o algún compañero con el que vivir, pero ella no recibía su simpatía ni sus consejos de buen grado. No estaba sola, se decía. Le gustaba estar sola. Prefería estar tranquila. Pero ahora...

La señorita Polly se levantó enojada y con los labios muy apretados. Se alegraba, no hay duda, de ser una buena mujer y de que no solamente sabía cuál era su deber, sino que tenía un carácter lo suficientemente fuerte como para ocuparse de ello. Pero... ¡Pollyanna! ¡Menudo nombre ridículo!

CAPÍTULO II

EL VIEJO TOM Y NANCY



En el pequeño cuarto del desván, Nancy barría y fregaba enérgicamente prestando especial atención a las esquinas. Había veces, de hecho, en que el vigor que imprimía a su trabajo era más una forma de aliviar sus sentimientos que pasión por eliminar la suciedad. Nancy, a pesar del temeroso sometimiento que sufría hacia su señora, no era ninguna santa.

—¡Ojalá-pudiese-quitarle-el-polvo-a-las-esquinas-de-su-corazón! —masculló a golpes, enfatizando sus palabras con las sacudidas asesinas de su puntiagudo cepillo—. ¡Hay mucha necesidad de limpiar, claro, claro! La idea de meter a esa bendita niña aquí arriba, en esta habitación tan pequeña y calurosa... Sin calefacción en invierno, tampoco, ¡y teniendo toda esta casa tan grande para elegir! ¡Niños innecesarios, sin duda! ¡Ja! —tronó Nancy, escurriendo el trapo con tanta fuerza que los dedos le dolieron por la presión—. ¡Supongo que no serán los niños los que son tan innecesarios ahora, justo ahora!

Estuvo trabajando en silencio durante un buen rato. Luego, ya concluida su tarea, miró alrededor del cuartito vacío con evidente disgusto.

—Bueno, ya está. Por mi parte, al menos, ya está —suspiró—. Aquí ya no hay suciedad, aunque no creo que haya muchas más cosas aparte de eso. ¡Pobre alma desdichada! ¡Bonito sitio para ubicar a una niña sola y nostálgica! —terminó diciendo mientras salía y cerraba la puerta de golpe—. ¡Oh! —exclamó, mordiénd-

dose el labio. Luego, resolvió con tenacidad—. Bueno, no me importa. Espero que haya escuchado el portazo. ¡Sí, sí!

En el jardín, aquella tarde, Nancy encontró unos cuantos minutos para entrevistar al viejo Tom, que llevaba quitando las malas hierbas y arreglando los caminos de la zona durante incontables años.

—Señor Tom —comenzó a decir Nancy, lanzando una mirada rápida por encima de su hombro para asegurarse de que no estaba siendo observada—, ¿sabía usted que va a venir una niña a vivir aquí, con la señorita Polly?

—¿Una qué? —preguntó el viejo, enderezando con dificultad su torcida espalda.

—Una niña pequeña, a vivir con la señorita Polly.

—Tú sigue con la broma —se burló Tom, incrédulo—. ¿Por qué no me dices que los cerdos vuelan, eh?

—Pero es cierto. Me lo dijo ella misma —mantuvo Nancy—. Es su sobrina, y tiene once años.

Al hombre se le desencajó la mandíbula.

—¡Ca! Ahora me pregunto... —murmuró, cuando de repente se le iluminaron tenuemente sus ojos apagados—. No puede ser... ¡pero tiene! ¡Debe de ser la pequeña de la señorita Jennie! Ninguna de las demás se casó. Nancy, entonces debe de ser la pequeña de la señorita Jennie. ¡Que Dios la bendiga! ¡Quién diría que mis viejos ojos llegarían a ver esto!

—¿Quién era la señorita Jennie?

—Era un ángel caído del cielo —suspiró el hombre, ferviente—. Pero para el antiguo señor y la señora sólo era su hija mayor. Tenía veinte años cuando se casó y se fue lejos de aquí, hace ya muchos años. Por lo que escuché, todos sus bebés murieron, excepto el último, y supongo que ese será el que viene.

—Tiene once años.

—Sí, esa edad debe de tener —afirmó el viejo.

—Y va a dormir en el desván. ¡Más vergüenza para ella! —dijo Nancy enfadada, lanzando otra mirada por encima del hombro hacia la casa, detrás de ella.

El viejo Tom mostró una mueca de disgusto. Enseguida sus labios se curvaron componiendo una misteriosa sonrisa.

—Me pregunto qué irá a hacer la señorita Polly con una niña en la casa —dijo.

—¡Hum! ¡Bueno, yo me pregunto qué irá a hacer una niña con la señorita Polly en la casa! —soltó Nancy.

El viejo se rio.

—Me parece que no le tiene mucho cariño a la señorita Polly —se burló.

—¡Como si alguien pudiese tenerle cariño! —dijo riéndose.

El viejo Tom sonrió de una forma peculiar. Se encorvó y volvió a su trabajo.

—Intuyo que quizá no sepa nada sobre la historia de amor de la señorita Polly —dijo lentamente.

—Una historia de amor, ¿ella? ¡No! Y supongo que nadie la conoce tampoco.

—Oh, sí que la conocen —asintió el viejo—. Y el tipo aún vive hoy. Y en esta misma ciudad, además.

—¿Quién es?

—Eso no lo voy a decir. No es asunto mío contarle —El viejo se puso derecho. Mirando hacia la casa, sus tenues ojos azules mostraban el orgullo sincero del sirviente leal que ha servido y amado a una familia durante largos años.

—Pero no parece posible. Ella y un amante... —siguió diciendo Nancy.

El viejo Tom negó con la cabeza.

—Usted no conoce a la señorita Polly como yo —respondió—. Ella fue todo un bellezón. Y aún hoy lo sería, si le diese la gana.

—¡Un bellezón! ¡La señorita Polly!

—Sí. Si se soltase ese pelo suyo tan estirado y lo llevase de forma casual, como solía hacer, y se pusiese uno de esos gorros con flores y uno de esos vestidos con lazos y cosas blancas, ¡ya vería lo guapa que estaría! La señorita Polly no es vieja, Nancy.

—¿Que no lo es? Bueno, pues entonces finge serlo tremendamente bien. ¡Pero que muy bien! —dijo Nancy con desprecio.

—Sí, lo sé. Todo comenzó entonces, cuando tuvo problemas

con su enamorado —asintió el viejo Tom—, y parece que desde entonces sólo se ha alimentado de hiel y cardos. Así de amarga y puntillosa es.

—No puedo estar más de acuerdo —afirmó Nancy, indignada—. ¡No hay forma de complacerla, no hay manera, no importa cuánto lo intente una! No estaría aquí de no ser por la paga y por las niñas que tengo en casa, que son las que lo necesitan. Pero algún día... algún día me iré, y cuando lo haga, desde luego Nancy se despedirá para siempre. Ya verá, ya verá.

El viejo Tom negó con la cabeza.

—Lo sé. Lo he notado, es natural. Pero no es lo mejor, niña. No es lo mejor. Hágame caso: no es lo mejor —Y de nuevo agachó la cabeza para volver al trabajo que le aguardaba.

—¡Nancy! —llamó una voz aguda.

—¡S... sí, señora! —balbuceó Nancy, y corrió rauda hacia la casa.

CAPÍTULO III

LA LLEGADA DE POLLYANNA



A su debido tiempo llegó el telegrama que anunciaba que Pollyanna llegaría a Beldingsville al día siguiente, el veinticinco de junio a las cuatro en punto. La señorita Polly leyó el telegrama, frunció el cejo y subió las escaleras que conducían a la habitación del desván. Siguió mostrando su disgusto mientras miraba a su alrededor.

La habitación contenía una cama pequeña, pulcramente hecha, dos sillas con respaldo recto, un lavamanos, una cómoda —sin espejo alguno— y una reducida mesa. No había cortinas de tela en las ventanas del dormitorio, ni cuadros en las paredes. El sol había estado cayendo todo el día sobre el tejado, y el cuarto parecía un horno de tanto calor. Como no había mosquiteras, las ventanas no se habían levantado. Una enorme mosca zumbaba rabiosa ante una de ellas, arriba y abajo, arriba y abajo, intentando salir. La señorita Polly mató a la mosca, la lanzó por la ventana (levantando la guillotina un centímetro para su propósito), colocó bien una silla, volvió a fruncir el ceño y salió de la habitación.

—Nancy —dijo unos minutos más tarde en la puerta de la cocina—, acabo de encontrar una mosca arriba, en la habitación de la señorita Pollyanna. La ventana debe de haberse quedado subida en algún momento. He pedido mosquiteras, pero hasta que lleguen espero que vigile que las ventanas queden cerradas. Mi sobrina llegará mañana a las cuatro en punto, y quiero que vaya a recibirla a la estación. Timothy la llevará allí en la calesa abierta. El telegrama dice: «Pelo claro, vestido a cuadros Vichy en

rojo y un sombrero de paja». Eso es todo lo que sé, pero creo que será suficiente para su propósito.

—Sí, señora, pero... usted...

Era evidente que la señorita Polly había entendido la pausa correctamente, ya que mostró disgusto y dijo de manera tajante:

—No, yo no iré. No es necesario que yo vaya. Eso es todo—. Y se dio la vuelta. Los preparativos de la señorita Polly para la comodidad de su sobrina Pollyanna se habían completado.

En la cocina, Nancy le dio un codazo a la plancha de hierro, deslizándola con ímpetu por el trapo que estaba planchando.

—«Pelo de color claro, vestido a cuadros Vichy en rojo y un sombrero de paja». ¿De verdad que es todo lo que sabe? Pues bien, a mí me daría vergüenza reconocerlo, claro que me daría... ¡Siendo mi uniuqüísima sobrina la que viene desde la otra parte del continente!

Sin demora, a las cuatro menos veinte minutos de la tarde siguiente, Timothy y Nancy salieron en la calesa abierta para recibir a la esperada invitada. Timothy era el hijo del Viejo Tom. Se decía en la ciudad que, si el Viejo Tom era la mano derecha de la señorita Polly, Timothy era su mano izquierda.

Timothy era un joven bueno, y también apuesto. A pesar del poco tiempo que llevaba Nancy en la casa, los dos ya eran buenos amigos. Sin embargo, Nancy hoy estaba demasiado inmersa en su misión como para ser tan parlanchina como solía, y se pasó el viaje a la estación casi en silencio, emocionada con la espera del tren. Se repetía mentalmente una y otra vez: «Pelo claro, vestido de cuadros Vichy en rojo y sombrero de paja». Una y otra vez se preguntaba qué tipo de niña, al fin y al cabo, sería esa tal Pollyanna.

—Espero por su bien que sea callada y sensata, y que no tire cuchillos ni dé portazos —le susurró a Timothy, que se le acercó con parsimonia.

—Bueno, y si no lo es, quién sabe lo que nos ocurrirá a los demás —replicó sonriendo—. Imagínese a la señorita Polly con una niña ruidosa. ¡Caramba! ¡Ahí va el silbato!

—Oh, Timothy, cre... creo que ha sido cruel enviarme a mí

—comentó la de repente asustada Nancy al darse la vuelta y salir corriendo hacia un punto desde el que pudiese ver mejor a los pasajeros que esperaban en la estación.

No pasó mucho tiempo hasta que Nancy la vio. La delgada pequeña con vestido rojo a cuadros Vichy, con dos anchas trenzas de pelo rubio que le caían por la espalda. Bajo el sombrero de paja, una pequeña e ilusionada cara pecosa giraba de izquierda a derecha, buscando abiertamente a alguien.

Nancy supo de inmediato que era la niña, pero hasta pasado un rato no pudo controlar sus temblorosas rodillas como para poder ir a por ella. La pequeña estaba de pie a solas cuando finalmente se aproximó Nancy.

—¿Es usted la señorita Pollyanna? —preguntó vacilante. Al momento siguiente se encontró medio asfixiada en el abrazo de dos brazos a cuadros.

—Oh, estoy tan contenta, tan, tan contenta de verla —clamó una ilusionada voz en su oreja—. Por supuesto que soy Pollyanna, ¡y estoy tan contenta de que haya venido a recibirme! ¡Esperaba que lo hiciese!

—Lo... ¿lo esperaba? —titubeó Nancy, preguntándose vagamente cómo Pollyanna podía haberla conocido —y querido—. ¿Lo... lo esperaba? —repitió, intentando colocarle derecho el sombrero.

—Oh, sí. Y llevo todo el camino preguntándome qué aspecto tendría —dijo la pequeña danzando de puntillas y barriendo a la avergonzada Nancy de la cabeza a los pies con sus ojos—. Y ahora lo sé, y me alegro de que tenga el aspecto que tiene.

Nancy se tranquilizó cuando llegó Tom. Las palabras de Pollyanna habían sido muy confusas.

—Este es Timothy. Tal vez tenga un baúl —balbuceó.

—Sí —asintió Pollyanna dándose importancia. —Tengo uno nuevo. Las Señoras de la Beneficencia¹ me lo compraron. Y, ¿no fue encantador por su parte que también quisieran follarlo? Des-

1 N. del T.: En el original *The Ladies Aid*, organización local de feligresas que proporciona ayuda financiera a la iglesia a la que pertenecen.

de luego yo no sé cuánta alfombra roja necesita un baúl, pero alguna necesitará, al fin y al cabo —como mucho la mitad de un pasillo, ¿no cree?— Tengo una cosita en mi cartera que el señor Gray dijo que era un cheque, y que debía dárselo a usted antes de que cogiese mi baúl. El señor Gray es el esposo de la señora Gray. Son primos de la mujer del diácono Carr. Vine al Este con ellos, ¡y son encantadores! Y... ea, aquí está —concluyó mostrando el cheque, después de mucho rebuscar en la bolsa que llevaba. Nancy respiró hondo. Instintivamente sentía que alguien debía hacerlo, después de todo ese discurso. Luego miró de reojo a Timothy. Los ojos de él miraban atentamente hacia otra parte.

Finalmente salieron los tres con el baúl de Pollyanna detrás de ellos y la propia Pollyanna cómodamente encajada entre Nancy y Timothy. Durante todo el proceso de la puesta en marcha, la pequeña había continuado con la verborrea ininterrumpida de comentarios y preguntas, hasta que una aturdida Nancy se encontró sin aliento al intentar seguirle el ritmo.

—¡Aquí estamos! ¿No es maravilloso? ¿Está lejos? Espero que sí, me encanta ir en calesa —suspiró Pollyanna en cuanto las ruedas comenzaron a girar. Por supuesto, si no estuviese lejos no me importaría de ninguna manera, porque me alegraré de llegar lo antes posible, ¿sabe? ¡Qué calle más bonita! Sabía que iba a ser bonita. Padre me dijo...

Paró de hablar y se la escuchó ahogar un gemido. Nancy, mirándola con aprensión, vio que su pequeña barbilla estaba temblando y que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Sin embargo, al momento continuó apresuradamente, levantando con valentía la cabeza.

—Padre me lo contó todo. Él se acordaba. Y... y yo debería haberlo explicado antes. La señora Gray me lo dijo enseguida, lo de este vestido de Vichy rojo, ¿sabe? Y que por qué no lo llevaba negro. Ella me dijo que usted pensaría que sería raro. Pero no había muchas cosas de color negro en el último barril misionero², solamente un corpiño de terciopelo que la mujer del diácono

2 N. del T.: Antiguamente se ayudaba a los misioneros y a sus familias

Carr me dijo que no me servía; además, tenía manchas blancas —estaba usado, claro— en ambos codos y en otros lados. Unas cuantas de las Señoras de la Beneficencia querían comprarme un vestido negro y un sombrero, pero otras pensaban que el dinero debía invertirse en la alfombra roja que estaban intentando conseguir —para la iglesia, ya sabe—. La señora White dijo que tal vez estuviese bien así, ya que de todas maneras a ella no le gustaban los niños de negro. Quiero decir, que le gustaban los niños, pero no que vistieran de negro.

Pollyanna hizo una pausa para respirar y Nancy consiguió balbucear:

—Bueno, estoy segura de que... de que todo irá bien.

—Me alegro de que piense así. Yo también —asintió Pollyanna emitiendo aquel pequeño suspiro—. Desde luego habría sido muchísimo más difícil alegrarse estando vestida de negro.

—¡Alegrarse! —resolló Nancy, sorprendida en la interrupción.

—Sí. De que padre se haya ido al cielo para estar con madre y con el resto de nosotros, ya sabe. Él dijo que yo debía alegrarme. Pero ha sido muy difícil ha... hacerlo, incluso vestida a cuadros rojos, porque yo... yo lo quería, así que no podía evitar sentir que necesitaba tenerlo, especialmente cuando madre y los demás ya tenían a Dios y a los ángeles, mientras que yo no tenía nada más que a las Señoras de la Beneficencia. Pero ahora estoy segura de que va a ser más fácil, porque la tengo a usted, tía Polly. ¡Estoy tan contenta de tenerla!

La dolorosa simpatía que Nancy sentía por el pobre desamparo de la pequeña se tornó de repente en un terrible pavor.

—Oh, pero... pero usted ha cometido un terrible error, que... querida —vaciló—. Sólo soy Nancy. ¡De ninguna manera, yo no soy su tía Polly!

—No... ¿no lo es? —balbuceó la pequeña, obviamente consternada.

enviando donaciones de cualquier tipo dentro de un barril de madera. El contenido era, por tanto, totalmente imprevisible.

—No. Sólo soy Nancy. Nunca pensé que me tomaría por ella. No... no nos parecemos en nada, ¡en nada de nada!

Timothy se rio por lo bajo, pero Nancy estaba demasiado afectada como para contestar al alegre destello de su mirada.

—¿Pero quién es usted? —preguntó Pollyanna—. ¡No se parece en nada a una Señora de la Beneficencia!

Esta vez Timothy se rio en alto.

—Soy Nancy, la empleada. Me ocupo de todo el trabajo, excepto de lavar y de planchar. La señorita Durgin es quien hace eso.

—¿Pero hay una tía Polly? —preguntó la niña, ansiosa.

—No lo dude —terció Timothy.

Pollyanna se relajó visiblemente.

—Oh, bien entonces —Hubo un momento de silencio y luego continuó animadamente—: Y, ¿saben qué? Me alegro de que después de todo no haya venido a recibirme, porque ahora todavía me queda ella, y además les tengo a ustedes.

Nancy se ruborizó. Timothy se volvió hacia ella con una sonrisa burlona.

—Yo diría que eso ha sido un halago muy ingenioso —dijo—. ¿Por qué no le da las gracias a la señorita?

—Esta... estaba pensando en la señorita Polly —vaciló Nancy.

Pollyanna suspiró con satisfacción.

—Yo también. Estoy tan interesada en ella... Como ya saben es toda la tía que tengo, y en todo este tiempo tan larguísimo no he sabido que la tenía. Padre me lo dijo luego. Dijo que vivía en una casa enorme y preciosa en lo alto de una colina.

—Sí. Puede verla ahora —dijo Nancy.

Es esa blanca y grande con las persianas verdes, ahí delante.

—¡Oh, qué bonita! ¡Y cuántos árboles y hierba alrededor! Nunca vi tanta hierba verde junta de una vez. ¿Mi tía Polly es rica, Nancy?

—Sí, señorita.

—Cuánto me alegro. Debe de ser fabuloso tener montones de dinero. Nunca conocí a nadie que tuviese dinero. Sólo a los White —son un poco ricos—. Tienen alfombras en todas las habita-

ciones y toman helado los domingos. ¿La tía Polly toma helado los domingos?

Nancy negó con la cabeza. Sus labios se apretaron. Miró divertida a Timothy.

—No, señorita. A su tía no le gusta el helado, supongo. Al menos nunca lo vi en su mesa.

Pollyanna se entristeció al momento.

—Oh, ¿no le gusta? ¡Cuánto lo siento! No veo cómo no puede gustarle el helado. Pero, de todas maneras, puedo alegrarme por ello, ya que si uno no come helado, no le puede doler el estómago como le ocurrió a la señora White. Quiero decir, que yo me comía el suyo, ¿sabe? Un montón de helado. De todas maneras puede que la tía Polly tenga alfombras.

—Sí, sí tiene alfombras.

—¿En todas las habitaciones?

—Bueno, casi en todas las habitaciones —contestó Nancy, enfadándose de repente al recordar el pequeño cuarto vacío del desván, donde no había ninguna alfombra

—Oh, cuánto me alegro —dijo Pollyanna, exultante—. Me encantan las alfombras. No teníamos ninguna, sólo dos alfombrillas que vinieron en una barril misionero, y una de ellas tenía manchas de tinta. La señorita White tenía cuadros también, unos cuadros absolutamente preciosos de rosas y de niñas arrodillándose, y de un gatito, y de corderitos, y un león —juntos no, el león y los corderos—. Oh, claro que la Biblia dice que algún día lo estarán, pero todavía no; es decir, que los de la señorita White no lo están. ¿No le encantan los cuadros?

—No... no sé —contestó Nancy a media voz.

—A mí sí. No teníamos ningún cuadro. No solían venir en los barriles, ya se imagina. Aunque una vez llegaron dos. Pero uno era tan bueno que padre lo vendió para conseguir dinero para comprarme unos zapatos, y el otro estaba en tan mal estado que se cayó en pedazos en cuanto lo colgamos. Se rompió el cristal, ¿sabe? Y me puse a llorar. Pero me alegro de que no tuviéramos ninguna de esas cosas bonitas, porque ahora me gustarán más las de la tía Polly —al no estar acostumbrada, claro—. Como

cuando en los barriles llegan los lazos del pelo bonitos después de que hayan venido muchos lazos marrones desgastados. ¡Ay! ¿Acaso no es esta casa absolutamente preciosa? —dijo emocionada mientras se acercaban a la amplia entrada.

Mientras Timothy descargaba el baúl fue cuando Nancy encontró una oportunidad para murmurarle al oído:

—¡Ni se le ocurra decirme nada sobre marcharse nunca más, Timothy Durgin! ¡No puede contratarme y luego irse!

—¡Irme! Yo diría que no —rio el joven—. No me va a echar. Ahora será más divertido con esa niña por aquí, más divertido que las imágenes en movimiento, ¡y todos los días!

—¡Diversión! ¡Sí, diversión! —repitió Nancy con indignación—. Supongo que a esa bendita niña le espera algo más que diversión cuando las dos intenten vivir juntas; y supongo que necesitará una roca a la que acudir para refugiarse. Pues bueno, yo voy a ser esa roca, Timothy. ¡Yo lo seré! —prometió mientras se daba la vuelta y guiaba a Pollyanna por los grandes escalones.